

## CAPÍTULO I

### *La Alhambra, 1890*

LA CENA SE RETRASABA. Al parecer, Rosita había sufrido un incidente en las cocinas con las demás criadas que le impedía cumplir con su apreciada puntualidad. Esa fue la razón de cenar aquella noche algo muy ligero e improvisado, que Rosita dejó sobre una mesa pidiendo mil perdones. No nos importó variar nuestra costumbre, era un 15 de septiembre y de gran bochorno, por lo que ansiábamos terminar pronto para aliviarnos en el frescor del patio.

Como era frecuente en los últimos meses, me reunía todas las noches en el Caserón de los Cid con mis hijos Manuel y Carmela, además de con nuestro anciano amigo Julián Mínguez. Al viejo profesor, de lentes turbias y mirada ratonil, lo apreciaban en mi casa como si fuera un verdadero abuelo pues muestras dio a lo largo de los años de serlo, primero con la fidelidad que demostró a mi padre y luego conmigo, siempre a mi lado o junto a mis hijos. No tuve un familiar menos familiar y sin embargo más querido y reclamado.

Tras acabar con el refrigerio, Mínguez no pudo evitar cabecear en su sillón adormecido por la galbana y mientras esto hacía hablaba yo con Carmela de la posible publicación de uno de sus cuentos en el periódico que dirigía. Mis últimos años los dediqué al periodismo y me convirtieron en un hom-

bre más cabal o cuando menos más paciente, pues mi lucha abierta contra las instituciones granadinas continuaba, especialmente enfrentada a José Pardo, fantoche político que bailaba al son de otros peores.

Le di a Carmela la buena nueva de que publicaría su cuento y al verme abrazado por ella, reparé con el rabillo del ojo en la imagen excitada de mi hijo Manuel mirando por los ventanales que daban al río Darro. Lolo, pues así lo llamábamos cariñosamente, sufría de un retraso madurativo que le impedía expresarse con normalidad. Sus gestos y palabras no eran nada comunes, por eso al apreciar que se daba golpes en el pecho, intuí alguna desgracia. El terror endureció su cara de adolescente que en momentos de placidez era de una gran gallardía.

— ¡Fuego! ¡Fuego en la Alhambra! — aseguraba señalando el ventanal.

Al instante, se oyeron gritos en la calle. Me asomé a los ventanales desde donde la imagen de la Alhambra era siempre de tarjeta postal y simulaba haber sido pintada sobre cartulina. Comprobé, atenzado por el horror, que las llamas envolvían parte del monumento, rodeaban la esplendorosa Torre de Comares y volvían el cielo nebuloso.

Durante décimas de segundo me pregunté qué estaba sucediendo. Un extraño pensamiento me vino a la cabeza, quizás, si volvía con la imaginación a momentos antes, cuando reía con Carmela, el destino tendría a bien amparar a la Alhambra y librarla de todo mal. Pero no, el destino no conocía de sensatez, debería haberlo adivinado, pues situaciones similares presencié en mi larga vida defendien-

do los monumentos de Granada. Alguna de esas batallas, auxiliando el patrimonio de mi ciudad, las había ganado, pero otras..., otras fueron la hecatombe artística y me trocaron en persona ingrata ante los políticos que demolían puertas árabes sin ningún resquicio de pudor tildándose de modernistas.

No, no era posible volver atrás. Aquello estaba sucediendo y ¿qué hacía yo, inmóvil, mientras la Alhambra moría entre las llamas?

El viento convertía en eco los gritos de «fuego» que llegaban desde las colinas. Tras la alerta de auxilio se presentía el acorde acelerado de las pisadas y los lamentos producidos por el correr de grupos ciudadanos que subían por la cuesta de Gomérez. Otros lo hacían por el paseo de los Tristes hacia la otra cuesta que luego se llamaría de los Chinos, incluso por la misma colina de la Sabika campo a través.

— ¡Fuego! ¡La Alhambra se quema!

Me volví hacia Carmela conteniendo un hipo y ella me abrazó, haciéndome saber con su gesto que me consentía el abandonarlos en momento tan aciago, pues si a la Alhambra iban a salvarla hortelanos y herreros, castañeras o mozos de cordel ¿no habría de ir a salvarla un Cid?

Consternado hice por marchar, pero me volví para acariciar a Lolo que, excitado, se daba golpes en la cabeza y repetía «se quema, se quema» con un hilo de voz tan quebrado y sentido que helaba las entrañas. No era para menos. Sabía que el fuego no pararía en el monumento y continuaría hacia los jardines del Generalife donde trabajaba por las mañanas. Sus tiernas rosas de té se volverían cenizas.

—Cuida de tu hermano y del profesor —tartamudeé a Carmela.

Julián Mínguez abrió los ojos venciendo a su modorra. Me miró al trasluz de sus cataratas y vi reflejado el fuego en sus lentes oculares.

—Profesor, la Alhambra se quema.

No dijo nada pero sé que me entendió a la primera. El pobre anciano ya no tenía fuerzas ni para protestar.

Salí del Caserón de los Cid con toda la premura que me permitieron mis piernas cincuentonas pero acostumbradas a ascender las colinas granadinas como joven que era de espíritu. Me arrastró una marabunta humana con cubos y picos, con lonas y raros utensilios que debieron suponer buenos para matar las brasas.

Dejando atrás uno de los portales de la empinada cuesta de Gómez, por instinto, reparé en una mujer que, sentada en el umbral, sollozaba. Detenía sus lloros solo para lanzar una letanía como la de los cantaores. La dejé atrás presintiendo que se persignaba.

\*

En noche casi cerrada, los granadinos se movían al ritmo de hormigas recelosas. Llevaban candiles o teas ardiendo y pensé que si esas manos inquietas no tomaban el cuidado exigible en estos casos, bien podrían aumentar, con mucho, el fuego ya existente.

El ruido me impulsó hacia la Puerta de la Justicia. Allí encontré a José Ximénez, hijo de Mateo, el conocido guía de la

Alhambra. Se tiraba del cabello intentando, a la desesperada, evitar un horror que estaba sentenciado.

Lo agarré entre mis manos.

—José... ¿hay víctimas? ¿Dónde está Dolores?

Preguntaba por la guardiana de la Alhambra, o mejor dicho, la antigua guardesa, a la que tanto queríamos. Dolores Molina vivía aún en las casas aledañas a los palacios una vez que se le impidiera realizar el oficio por el que entregó su vida. Se hizo tan célebre que Washington Irving la inmortalizó en sus cuentos.

Yo acudía a visitarla con frecuencia. De hecho esa misma tarde le había entregado un ramo de rosas, obsequio del profesor Mínguez, que nunca se olvidaba de su santoral. Aquel 15 de septiembre, la Dolorosa, la virgen a la que la guardiana tanto veneraba, la había dejado de la mano.

—No lo sé, no la he visto. Pero heridos... hay muchos.

A la explanada empezaron a llegar los caballos de las primeras brigadas de bomberos zapadores. Algunos iban cegados con vendas para que no se espantaran por las altas llamas. El viento atrajo hacia nosotros el humo ennegrecido y partículas de otros colores que yo creí que eran porciones de algunas yeserías. Pero no, no lo eran, se trataba de ramas quemadas, que aún olían a arrayán.

Comenzaron a oírse las campanas de la Torre de la Vela y a ella se unieron, en un compás de triste aviso, las de otras iglesias: la de Santa Ana, la de San Pedro, la de San Cecilio, la de San Nicolás...

Tanteando entre la multitud fui a dar con Mariano Contreras, el restaurador del monumento, que con dificultad intentaba avanzar hacia la puerta de los palacios. Creo que su tez se volvió más blanca de lo habitual y presentí que se desmayaba, cargados sus hombros de tamaña responsabilidad. Fue atendido entre otros señores que vestían de negro, con levita y chaqueta bien cortada, por lo tanto comprendí que estaba en buenas manos pues debían de ser de su camarilla artística.

Dolores Molina me dio el alto con un lamento. Se agarró a mí con una fuerza impropia de su edad. Aunque me hizo daño, al clavarme las uñas en los antebrazos, me alegró comprobar que no había sufrido daños.

—¡Virgencica! —decía entre lloros—. Esto lo han hecho esos malasangre... los que no quieren más que volver Granada en puro cascote. ¡Así se les reconcoman las entrañas! ¡Mal nacidos!

Dejé a Dolores sentada a cubierto, aunque vociferando insultos tremebundos destinados a todos aquellos que durante siglos ignoraron a la Alhambra, viéndola con ojos miopes y arrogantes. Las salas que Dolores barría cada día y procuraba tener libres de nidos de vencejos, sufrían un grave peligro.

Contagiado por sus lágrimas, me aproximé como sonámbulo hacia los palacios, con un único propósito, que era el de acabar yo mismo con las altas llamas, si era necesario. Las palabras de Dolores despertaron en mí una ingrata inquietud. Hasta ese momento no me hube de plantear que el incendio podría haber sido provocado. Muchos había en Granada y este no sería, por desgracia, el último. No obstante, el riesgo era grande y tan probable que el miedo me paralizó.

Si así era, decía para mí, si ese horror era resultado de la acción de un pirómano no me cabía la menor duda de que este habría resuelto atacar la zona más sensible de los palacios. Podríamos, por tanto, encontrarnos en el peor día de la historia de Granada, el día en que la Alhambra se convirtiera en cenizas.

\*

El monumento sufría con este, su tercer incendio. Del primero, en 1524, teníamos pocas referencias. Algunas las incluyó Rafael Contreras, el padre del conservador que momentos antes viera desmayarse, en su famoso libro *Monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*. Según se dice, fueron los soldados que guardaban la Alhambra quienes propagaron las llamas, aunque quizás sin intención. El de 1590, el segundo, está más documentado, pues la explosión de un polvorín afectó a varias salas de las más importantes. Saltaron techumbres, vidrieras y la propia colina de la Sabika se desplomó en parte hacia el río causando una brecha en la montaña. Dicen los que lo investigaron que se hundieron las cercanas casas y hasta la Chancillería se vio amenazada. No le faltaron los efectos colaterales al convento de Santa Catalina de Zafra, que hubo de abrir sus puertas a las monjitas para que salieran de su claustro habitual a riesgo de perecer entre escombros. Todo esto se me venía a la imaginación aumentado y perfeccionado con crueles escenas.

Pero estas me parecieron simples anécdotas cuando presencié con ojos propios lo que acontecía en el interior del entramado nazarí.

Empujé a varios ciudadanos que portaban cubos repletos de agua vertida de un cercano aljibe. Otros me empujaron a mí acercando tinajas y barreños con igual líquido recogido de la misma alberca del Patio de los Arrayanes. El humo llegaba hasta el Mexuar y me precedió en mi intento de atravesar el Cuarto Dorado. En los bancos de piedra del pasillo de enlace hacia el Patio de los Arrayanes, que era donde se sentaba la antigua guardia, tuve que postrarme atacado de una tremenda tos. No era para menos. El humo invadía los pulmones de todo aquel que intentaba acercarse a un metro de las llamas. Eran tan potentes que ya se apreciaba el sofoco y me desabroché la chaqueta. A mi lado apareció un hombre con las manos enrojecidas por el fuego, su camisa convertida en jirones, exhibía un torso con heridas abiertas. Me quité la chaqueta por impulso y lo tapé con ella. Oí gritar.

Al llegar al patio de la gran alberca, presencié el fuego en toda su intensidad. Una cuerda de hombres y mujeres, algunos de los cuales conocía por su defensa del patrimonio artístico y que habían luchado codo a codo conmigo en viejas hazañas, se mantenían en primera línea acercando cubos, dando mamporros con mantas a las brasas humeantes y finalmente, avisando a los bomberos que ya asomaban con sus mangueras.

La Sala de la Barca, próxima al Patio de los Arrayanes, sucumbió al ataque del fuego. Cuando llegué, toda su techumbre de madera, de filigrana maravillosa, era una masa informe. Alguien, a mi espalda, aseguró que iban a hacer un cortafuegos en la galería de Levante, que impediría que las llamas consumieran el resto del edificio.

—¡Tome! —me dijeron sin permitir oponerme—. ¡Tire el agua hacia las paredes!

Alguien me pasó un cubo que campaneó a mis pies y aturrido me acerqué al cordón humano que desde la alberca central recogía agua para humedecer las zonas aún moribundas. En aquel grupo de trabajadores incansables con caras tiznadas había periodistas, panaderos, militares y buhoneros, mujeres de edad y jóvenes en cuyos rostros se reflejaba el llanto de la impotencia. Debíamos ser cerca de doscientos y no éramos suficientes.

Cuando conseguí arrojar el cuarto cubo de agua percibí un nuevo aviso.

—¡Cuidado! ¡El techo de madera se hunde!

La Sala de la Barca empezó a resquebrajarse. Cayó todo con profundo estrépito arrastrando los tirantes de hierro que la sujetaban. Con la polvareda no pude calcular la distancia y desprevenido fui a recibir el impacto de parte de una de las vigas que formaban el universo de la sala. Sentí un golpe rápido en la cabeza y me tambaleé. Un friso con la leyenda más conocida de la Alhambra se desplomó y yo con él. La leyenda decía: «Solo Dios es vencedor».

\*

Francisco de Paula Valladar, destacado periodista e investigador incansable sobre la historia de la ciudad, en su continuación a la *Novísima Guía de Granada*, contó todo esto. Lo hizo con tanto efectismo y solapada crítica a las instituciones que siempre que puedo vuelvo a releer su excelente trabajo,

para que el 15 de septiembre de 1890 me sirva de acicate los días de abatimiento.

El fuego, por fortuna, no fue tan cruento como todos creímos. O si lo fue se le atacó con diligencia por los bomberos zapadores y la ciudadanía de Granada. Además del desastre, que se cebó en el techo de la Sala de la Barca y en el total del vestíbulo del Salón de Comares, se contó con algo más de catorce heridos de gravedad. Francisco de Paula Valladar hace mención, de forma expresa, a tres zapadores bomberos que fueron ingresados en el Hospital de San Juan de Dios y de los cuales, no sé a día de hoy, si salieron con vida.

Como yo, hubo heridos de relativa gravedad que se evacuaron hacia los sanatorios o con pretensión de ser atendidos de forma generosa en las casas vecinales. Según me informaron más tarde, una vez despertara de mi desmayo, fui arrastrado entre varios vecinos hacia la salida del palacio y llevado en improvisada camilla hacia la parte baja de la ciudad. Creo que la primera intención fue llevarme a mi propia casa, pero al pasar por un domicilio de la cuesta de Gómez me ofrecieron entrar con el pretexto de encontrarse dentro una enfermera. Habían preparado un inesperado hospital de campaña en la mitad del caserón que guardaba similitud, por ser el clásico de la ciudad, con el Caserón de los Cid.

Tengo vago recuerdo de cómo me subieron hacia una de las habitaciones superiores a pesar de haber sido lógico permanecer con el resto de los heridos en el patio. El ruido de las criadas transportando utensilios, baldes de agua, vendas impregnadas en alcohol y firmes órdenes con voz femenina que acertaban a organizar aquel sarao de enfermos, fueron demasiado para mí. Caí en definitiva inconsciencia que me

duró, por lo que me aseguraron, varios días en los que abría los ojos escocidos por la fiebre y aunque hablaba no conseguía hacerme entender.

La pierna izquierda me fue entablillada pues se rompió por tres diferentes sitios. No, por descontado, mi cabeza, que era más dura que la pierna. La brecha, grande y peligrosa, asustó a la enfermera de la casa que me atendió diligentemente en esos días, incluso por la noche.

Con las amorosas manos y esmerado celo que me depa- raron, consiguieron de mí gratitud eterna. Cuando mis ojos pudieron recibir la luz sin cegarse, manifesté mis primeros propósitos de conocer a la dueña de la casa que tantos dispen- dios había dedicado a los heridos del 15 de septiembre. Debía ser la tal mujer un ángel del cielo, más que eso, una madon- na en persona sacada de algún cuadro religioso, de esos que nunca adoré o si lo hice solo como admirador artístico. Las criadas que me ahuecaban la almohada y cambiaban la jofai- na de agua, que me afeitaban y traían viandas para alimentar mi cuerpo, siempre salían con algún requiebro a mis palabras y burlonas no contestaban a mis preguntas de cómo era la dueña, de cómo vestía o hablaba.

Pero llegó el día en que la incógnita se disipó. Me pusieron como infante con traje de cristianar, todo lleno de encajes y blondas que yo aborrecía por sentirme un fantoche amanera- do y, finalmente, me indicaron que esa tarde tendría la visita de la señora.

Esperé con ardor juvenil mientras me descubría un dolor más en cada extremidad, un cardenal más en un costado o un arañazo nuevo en la mejilla y con tal divertimento se me

pasó el tiempo. Siendo ya tarde oí que abrían la puerta, que el roce de unas faldas y un tacón femenino se acercaba. Asomó detrás de la cortina una mujer y yo quedé pasmado.

—Señor Cid —dijo con una reverencia propia de la casa real—, vengo a presentarme a usted: Clementina Bustillo, para servirle.

Lo achaqué a mi mareo, que mi cabeza no estaba buena aún. Pero al rato de observarla y comprobar que se movía como una actriz de teatro, con poses de guiñol bien ensayadas que disimulaban la pelusilla desagradable sobre el labio, opté por saludarla con gesto elegante pero cauteloso.

Era la susodicha señora de anchas proporciones. Tanto en lo ancho como en lo alto. Es decir, hombruna. Si acaso, más ancha que yo. Y quizás por eso debía intentar mover sus enormes manos con los dedos hacia sí, creyendo que con ello evitaba la muestra de palmas que parecían de oso. El efecto era lamentable pues en vez de simular distinción lo que aparentaba era tener muñones.

He hablado ya de su bigote. Pues ahora describiré su entrecejo que disfrazaba con un flequillo, a mi entender postizo, largo y rizado que le llegaba casi al inicio de la nariz. Desconozco cómo conseguía ver entre tanta maraña de pelos. El caso es que por disimular las cejas dejaba al descubierto la comisura de los labios.

Con todo y siendo generoso, podría decir que resultaba agradable, si no fuera por su voz de grillo.

—Señora...

—¡Señorita! —me corrigió.

Entendí la indirecta. Era soltera.

—Señorita Bustillo..., quisiera darle las gracias por sus atenciones. Tiene usted aquí a un amigo de por vida.

La Bustillo sonrió avergonzada tapándose la boca con un pañuelo. Temí que descubriera los dientes pues a esas alturas ya no tenía interés por saber nada más.

—Mi padre, Gustavo Bustillo y Díaz de Losada, no podrá presentarse a usted, guarda cama desde hace muchos años y es por eso que tenemos permanentemente una enfermera en domicilio. Cuando me enteré de que lo bajaban por la calle medio moribundo di un alto a los camilleros y le hice subir a esta habitación, que es la mejor de la casa.

—Muy generoso por su parte. Pero habría sido igual de dichoso de haber sido alojado en el patio con el resto de los heridos.

Clementina lanzó un «oh» teatral y luego me pidió permiso para sentarse en un silloncito tapizado con tela de cretona que a mí me pareció barata. Se lo concedí y después de respirar hondamente continuó.

—Usted se hace el humilde, actitud que lo honra, pero en esta casa se le tiene en muy buena consideración a la familia de usted.

—Ah —exclamé yo, será que conocieron a mi padre o tal vez a mi abuelo, pero no. Resultaba que nos habíamos encontrado varias veces en el teatro y yo lo desconocía.

—Verá, señorita Bustillo...

—Llámeme Clementina, faltaría más.

—Pues bien, Clementina, si usted fuera tan amable de mandar recado a mi hija Carmela, para que venga a recogerme...

—Pero ¿cómo? ¿Quiere irse usted ya? Pero si no se ha restablecido del todo.

—Creo que no sería justo aprovecharme de su hospitalidad teniendo una casa tan cerca. Además tengo asuntos que atender a pesar del dolor de la pierna y el de la cabeza.

Hice intención de moverme y solo en el colocarme sobre el colchón de lana sentí una punzada suprema en la extremidad.

Clementina Bustillo lo advirtió y se levantó con gran ímpetu para decirme que de ninguna de las maneras me iría de esa casa. Se lo agradecí varias veces hasta casi quedarme afónico, momento en el que tuve que imponerme sobre lo inapelable de mi decisión. Convencida, la dueña de la casa envió un criado a llamar a Carmela.

Antes de salir de la alcoba rogué a la señorita que me enviara a la enfermera para darle las gracias personalmente, pero aquello no le pareció nada bien y me aseguró que le transmitiría mi agradecimiento y que con aquello bastaría.

Mi primer encuentro con Clementina Bustillo fue extraño y, ciertamente, ahora, me hubiera gustado haberlo evitado.

\*

Carmela entró horas más tarde en la habitación jadeante y acompañada de mi cuñado y por lo tanto tío suyo, Juan Morrell. Como estaba acostumbrada a bregar con las dificultades que siempre le planteaba yo en la sociedad granadina, mi hija había madurado con rapidez. A pesar de sus quince primave-

ras se defendía mejor que cualquiera de nosotros. Muy sabiamente había pedido ayuda al único miembro de la familia que tenía don de gentes.

—¡Padre! —exclamó mi Carmela envolviéndome con sus rizos la brecha amarillenta de mi frente—. Qué preocupados hemos estado. Te he visitado todos los días pero no me dejaban entrar. Decían que era por tu propio bien.

—¿Eso te dijeron? Qué extraña contestación.

Juan Morell evitaba una carcajada. Este cuñado mío, con el que me corrí más de una juerga en la juventud, seguía igual de irreflexivo.

—La señora de la casa... —empezó a decir Carmela en un susurro inquietante— ...me parece algo singular. Estuve a punto de denunciarla a la Guardia Civil. ¿Por qué no te trasladó a casa cuando pasaste las fiebres de la infección? Cada día que venía me esperaba con un cuento nuevo: que si hoy tenías sarpullido, que si hoy tosías, que si amaneciste con legañas... No sé, papá, esta señora no es trigo limpio.

Me quedé mirando a Carmela que tenía el guapo subido con el calentón de la ofensa y luego observé a Juanito Morell, que se había apoltronado en el sillón que horas antes ocupara la dueña. Tenía el muy tunante un ataque de risa pero la disimulaba con su gran papada. Me irritaba sobremanera.

—¿Y a ti qué te ocurre? —le pregunté bastante ofendido— ¿Ni siquiera cuando vienes a ayudar al hermano de tu esposa puedes aparentar ser un hombre cabal?

—Ay, Maximiliano... —contestó entre risas— ...solo a ti se te ocurre caer en las manos de la solterona más aviesa de

toda Granada. Te debió ver inconsciente y se dijo para sí que no encontraría mejor partido que un viudo medio loco que es capaz de dar su vida por la Alhambra.

—No todas las personas tienen tus mismas obsesiones, querido cuñado. Algunas y algunos, como yo, hemos dejado de pensar en el amor.

Morell reía faltándole la respiración y ya tomaba el color de la violeta, cuando decidí volverme hacia Carmela e ignorarlo.

—¿Cómo está Lolo?

Le preguntaba, como ustedes ya saben, por mi hijo Manuel. Carmela se encogió de hombros.

—Asustado. Le he tenido que doblar la dosis de láudano porque estaba muy nervioso.

Desde hacía años usábamos ese remedio recetado por el médico. Nos lo hacía un farmacéutico amigo del establecimiento de Justo Ortiz en la calle San Jerónimo con componentes menos agresivos que los orientados para la analgesia. La finalidad de los fármacos en la enfermedad de Lolo era, fundamentalmente, el conseguir aislarlo de la ansiedad y la permanente excitación. Lo imaginé reclamándome y se me estremeció el estómago.

—¿Y el profesor?

—Cuando se enteró de tu accidente nos pidió permiso para subir a una de las habitaciones, orientó la cama hacia la Alhambra y desde entonces está en ella sin querer levantarse. Dice que le ha perdido el sentido a la vida.

—Cosas de Mínguez —aseguré muy apenado—. Tengo que volver a casa cuanto antes. ¿Me habéis traído ropa?

Contestaron afirmativamente y Carmela salió al pasillo hasta que me vestí ayudado por Morell. En todo el rato que estuvo a mi lado, confundiéndome con sus ripios de chismoso, no hizo más que prevenirme contra las malas artes de Clementilla Bustillo a la que calificaba de verdadera arpía.

—Juan —contesté a mi cuñado una vez estuve listo para salir por la puerta—, te agradezco tus consejos pero me sé valer por mí mismo. Soy un hombre de edad.

Morell volvió a reírse y no dudó en enseñarme sus dientes teñidos por el tabaco.

—¡Un hombre de edad! Con tus pasados cincuenta años eres más inocentón que tu hijo. Yo te aseguro que esa mujer te consigue en menos de un año con tres o cuatro socaliñas. Eres tan bobón que capaz serías de casarte con ella por no hacerle un feo.

Le ordené callar de un manotazo pues al tiempo que me mareaba con sus dislates intentaba anudarme la corbata. Por fortuna, a pesar de los impedimentos que me suponían mi pierna y mi cuñado, llegamos al corredor que nos direccionaba al salón de los Bustillo. En él se encontraba Clementina con el flequillo peinado con raya y unos ojos tristes, tristísimos, que me hicieron pensar en que había noticias en referencia a la salud de su padre.

Pero no, los húmedos ojos eran, aparentemente, por mí.

—No sabe lo solos que nos vamos a quedar sin usted —me espetó.

—Señora mía, hicieron mal en acostumbrarse a mi presencia en apenas cuatro días.

—Es que usted se hacer querer...

Morell me hizo tropezar al reprimir una risotada. Lo golpeé con mi bastón que desde entonces me sirvió para replicar a otros tantos osados como él.

—Espero que nos visite cuando se encuentre bien.

—Así lo haré, señorita.

Carmela tiraba de mí con ansias de dejar la casa. Nos esperaba un coche a la puerta, por fortuna cubierto, pues el tiempo amenazaba lluvia. Cuando nos acomodamos en su interior vi por la ventana de la portezuela que Clementina Bustillo salía a despedirse y a su espalda, otra mujer, algo más baja, se asomaba. Contemplé entonces a la enfermera que me había cuidado todas aquellas noches por primera vez. Supe que era ella porque vestía un uniforme común a su profesión, con mandil de menudo encaje y un relojito cosido a la altura del hombro izquierdo. Vi su rostro sereno, de dulcísima belleza. Fue en aquel instante cuando comencé a odiar a doña Clementina, por haberme evitado el placer de conocer a mi auténtica salvadora.

—¡Ay, Jesús! —exclamó Carmela— ¡Qué alivio! Me parecía que te habían secuestrado esas señoras...

—Pues quizás venga a visitarlas —exclamé con el recuerdo de la candorosa enfermera en mis retinas.

Morell afirmó:

—Lo que yo decía: en un año, boda.

Al llegar al Caserón de los Cid encontré a una familia alterada por la ausencia de su cabeza responsable. Rosita, la criada, comenzó a llorar nada más verme y Lolo se abrazó a mí con encantadora cabriola que casi acabó con ambos en el suelo.

Me dispuse a saludar al profesor Julián Mínguez pero antes reclamé un poco de silencio en mi rincón favorito, al que solía acudir para escribir mis artículos destinados al periódico *La Sabika*. Mientras esto hacía siempre miraba la Alhambra. Ordené que abrieran el ventanal.

—Desde aquí no se notan los desperfectos —exclamé.

Así era en verdad, el fuego había afectado a la parte interior del monumento. Si no hubiera sido por el dolor de mi cabeza y la incomodidad de mi pierna hubiera creído que todo respondió a un mal sueño.

—Descansa ahora —dijo responsable mi cuñado—, ya tendrás tiempo de informarte sobre lo sucedido.

Yo también convine en distraerme, en tomar fuerzas antes de volver a la lucha.

—Sí, tienes razón. ¿Quién se ha ocupado del periódico en mi ausencia?

—El señor Hilton y cuando él no podía, también ayudé yo.

Esto lo dijo Carmela, mi querida hija, que era ya toda una periodista. Se había criado entre los tipos de imprenta, la tinta y el papel. Qué orgulloso estaba y cuánto lo hubieran estado sus dos madres, la que la trajo a este mundo y luego lo abandonó por ineludible cita con la muerte y la que cuidó de ella en ausencia de esta.

Rosita entró en el despacho para anunciar una visita y con su asidua expresividad dijo:

—Es el señor Pardo con otros gerifaltes.

Nos sorprendimos de que José Pardo, mi otro cuñado, hermano de mi primera esposa y por tanto tío también de Carmela, hubiera tenido la deferencia de preguntar por mi salud. Las miradas se nos cruzaron con acusado desconcierto, a pesar de lo cual ordené a Rosita que los hiciera pasar.

Asomaron tres hombres como un ejército romano, en paralelo, y con poses tan idénticas que resultaban gemelares. El único con monóculo era José Pardo que ahora ostentaba el cargo de... no lo recuerdo, de dignatario a sueldo del Ayuntamiento para supervisión de los monumentos granadinos. La cosa era para reír porque si a tenor de su nombramiento su cometido suponía la defensa del patrimonio, ya llevaba años en el puesto y solo consiguió demoler la mitad de ellos. En sus ansias aniquiladoras siempre estaba yo presente y las intentaba evitar. Me había convertido en una mosca de las de manotazo, perseverante y meticona pero incapaz de ser abatida. Me enfrenté a él abiertamente varias veces, el caso más sonado fue cuando dirigió la demolición de la Puerta de Bib-Rambla. A causa de este tira y afloja pasé muchas noches en el calabozo.

Por eso y porque nunca me perdonó que me casara con su hermana Alma y que según él, la hiciera desgraciada, deseaba a toda costa verme muerto o por lo menos sufriendo las penurias del infierno.

—Maximiliano... —dijo con inclinación militar de cabeza—. Morell... Sobrina..., no vengo en visita familiar sino oficial.

—¿Cómo es eso, tío?

Carmela trataba de suavizar el tono del funcionario que siempre era ofensivo y prepotente.

—Estos dos señores que me acompañan tienen orden de detener a tu padre.

—¡Pero, tío!

Hice callar a Carmela con un gesto orgulloso. Ciertamente era que no me lo esperaba, ni siquiera del susodicho mequetrefe con quien Morell y yo habíamos consumado gamberradas indecorosas a los veinte años y en las que siempre demostró tamaña cobardía.

—Doy por hecho que no se me detiene por algún editorial de mi periódico—dije—, llevo sin escribirlos varios días. Te habrás enterado de que fui herido evitando el incendio de la Alhambra.

Los mellizos que guardaban las espaldas de Pardo expresaron una mueca mordaz.

—Ese es el motivo, cuñado: el incendio. Estos señores, que han venido a investigar el hecho, tienen indicios para acusarte de haberlo cometido.

—¿Cómo?

Morell se puso de pie y de su boca se le resbaló un cigarro habano que cayó sobre la alfombra. Carmela se abalanzó so-

bre el pecho de José en un acto reflejo, quizás quería ahogarlo, pero no, le rogaba por mi salvación.

—Quita, sobrina. Esto no es asunto tuyo. Todos sabíamos que tarde o temprano llegaría este momento —sentenció mirándome—. El azar te ha librado más de una vez de la cárcel pero es hora de sentar la cabeza y pagar con ella tus dislates.

—¿Quieres decir, cuñado, que soy tu cabeza de turco?

Pepe Pardo se mordió la lengua para no responder. Su monóculo resbaló sobre su mano, que ya esperaba el vidrio con acostumbrado reflejo. Los gemelos volvieron a mirarse y uno exclamó:

—Será de toda necesidad que nos acompañe, señor Cid.

—¿Acompañarles? Entonces será más necesario aún una parihuela porque yo no puedo moverme.

Hubo silencio. Todos tanteamos la posibilidad de decir alguna cosa que nos llevaría más tarde al arrepentimiento, así que finalmente, Morell tuvo la cordura de añadir:

—Señores, ya ven que no puede escapar. Arréstenle en el domicilio. Además, su apellido lo acredita. No podría salir huyendo sin descubrirse.

Los tres funcionarios asintieron pero Pepe Pardo añadió:

—Póngale un policía en la puerta..., por si acaso.

Se marcharon con aires de superioridad, dejando una estela de negativa esperanza.

Morell me miró acalorado, seguro que pensaba que le acababa de arrebatarse el puesto de calavera.

Tras un incómodo silencio, Carmela me cogió la mano. Evadía los hipos con dignidad de adulta pero su tierna nariz se arrugaba como cuando era una niña y tenía que abrazarla después de una caída aparatosa.

—Padre, no te preocupes.

—No me preocupo.

—Conseguiremos ayuda.

—Lo sé.

—Hablaré con los comisionados de la Comisión de Monumentos, con el señor Gómez-Moreno, con el señor Contreras que seguro que es el único que podría hablar bien de ti siendo el restaurador de la Alhambra. Iré a Madrid y saldrá tu caso en todos los periódicos. Visitaré al señor Pérez Galdós... Sí, don Benito nos ayudará, siempre ha sido muy leal contigo.

Yo le sonreí. No paraba de hablar mientras en su cabeza se le agolpaban las ideas. Palpé con profundo cariño la mano que me ofrecía.

—Ve a Madrid, niña mía. Allí encontraremos mejor ayuda. Aquí, en Granada, ya se sabe, nunca se protesta y cuando se hace es tiempo perdido.

Carmela se marchó al día siguiente a Madrid. La acompañaba Juan Morell. Nunca pensé que le confiaría su cuidado porque siempre lo había tenido por un tarambana, pero en aquel momento era la única persona que tenía medios físicos y económicos para poder hacerlo.

El primer objetivo fue localizar a Pérez Galdós para hacer pública mi situación, que era a pesar de quererla ver con cierto optimismo, indudablemente alarmante.

\*

Aquella madrugada, instalado ya en mi cama, volví a tener la recurrente pesadilla. Me levantaba en sueños, miraba al cielo. Luego, incapaz de moverme con la destreza habitual, retenido en los movimientos por una mano infame, buscaba dentro de un cajón del bargueño. Sacaba una cajita de plata que años atrás me regalara Francesca y veía la foto. Los remordimientos me despertaban con un sudor frío que atenazaban mis músculos. Suspiraba y ya no podía dormir en toda la noche.